

# EDITORIAL

## Cuba, al centro de las dos Américas

Acaba de obtenerse en Cuba el primer acuerdo de las conversaciones de paz entre el gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Esto representa un avance significativo para la concordia en ese país, así como un triunfo político y diplomático de los gobiernos que acompañan y facilitan dicho proceso, entre los cuales se encuentra el cubano.

Este conflicto armado resulta un exponente tardío de la guerra violenta sostenida en décadas pasadas entre sectores importantes de derecha y de izquierda en Latinoamérica. En tal conflagración la administración estadounidense respaldó intensamente los nombrados regímenes de seguridad nacional, y el gobierno cubano apoyó igualmente los movimientos insurgentes. No obstante, con el transcurso del tiempo fracciones significativas de ambas tendencias comprendieron que la solución estaba en el diálogo, en el pacto y en la inclusión de los insurrectos en el desempeño social de sus respectivos países. También a ese proceso ha contribuido Cuba de manera efectiva, desde sus inicios.

Las autoridades cubanas se han implicado en este proceso de paz quizás por las mismas razones que antes apoyaron a los movimientos insurgentes. Cuba, desde su nacimiento como nación, anhela la independencia y la justicia, la paz y el progreso, de los países de la región. Razones políticas, culturales y emocionales han colocado, siempre, a muchísimos cubanos a favor del bienestar de Nuestra América —como la llamara José Martí.

Sin embargo, resulta necesario reconocer que la paz y la justicia, el progreso y la integración de Latinoamérica representan, además, un gran beneficio para Cuba. La participación de nuestra Isla en la CELAC y en la mayoría de sus proyectos de integración, coloca al país en un bloque bastante sólido, que en poco tiempo puede vigorizarse mucho más.

Ello puede ofrecer a la sociedad cubana nuevos paradigmas, nuevas prácticas civiles y políticas, nuevos mecanismos económicos, nuevas alianzas y garantías para la salvaguarda de la soberanía del país. Esto último resulta importante para muchos ante la vulnerabilidad que pudieran provocar las múltiples e intensas relaciones que hemos de procurar con el resto del mundo.

Entendamos aquí soberanía como la independencia política de la Isla, así como la posibilidad de que cada cubano pueda disfrutar en Cuba de todos los derechos necesarios para gestionar la felicidad del país. En esto último tenemos el desafío de avanzar, con mesura pero sin vacilaciones y lentitudes, con el propósito de ensanchar, lo más plenamente posible, el desempeño ciudadano.

Mientras mayor sea la sabiduría y la celeridad de la Isla para perfilar su modelo social, así como para participar de manera positiva, e interesante para todos, en los mecanismos de integración de Latinoamérica, mayor será el apoyo de la región y el beneficio que reciba de la misma. En tal sentido, la influencia del gobierno

cubano ante sus antiguos aliados puede instituirse en un elemento provechoso para la paz, la integración y el desarrollo de la región. Ello constituye uno de los pilares significativos que ya aporta el país a este importante proceso. Por supuesto que no debemos conformarnos con esto; ni con el aporte de los médicos, maestros y otros especialistas cubanos que trabajan en esta parte del mundo. Hemos de crecer mucho económica y políticamente para llegar a ser un baluarte necesario en el quehacer de los ámbitos decisivos de esta nueva realidad.

Dicho proceso hará cristalizar condiciones que podrán asegurar una mayor protección a la soberanía de la República en sus relaciones con Estados Unidos. El bienestar del país exige de amplias y agudas relaciones con el vecino del Norte, aun cuando estas siempre serán asimétricas y ello pueda generar riesgos desmesurados. La salvaguarda de la soberanía no debe obligarnos a restringir el beneficio que puede aportar a los cubanos una relación lo más normal posible con Estados Unidos. Todo lo contrario, tenemos el reto de crecernos políticamente para lograr este vínculo y sortear los peligros que ello implique.

Por otra parte, tampoco hemos de esperar por una consolidación mayor de la CELAC y de nuestro desempeño en la misma para avanzar en las relaciones con Estados Unidos. Son procesos que han de darse intensamente y de manera simultánea. Solo entonces darán sus mejores frutos. Para lograrlo, necesitamos únicamente de mucha sabiduría política por parte de los actores cubanos.

Por supuesto que para conseguir la normalización de las relaciones entre los dos países, también se hace imprescindible la disposición de los sectores de poder en Estados Unidos. Mucho se ha avanzado en los últimos años en este sentido, pero todavía no se alcanza la conciencia política necesaria. Es posible encontrar una expresión mayúscula de este déficit en el reciente empeño de seguir incluyendo a Cuba en la lista de países que promueven el terrorismo, lo cual intenta justificar una política hostil hacia nuestro país.

Cuba se encuentra en el centro de las dos Américas y está destinada a gravitar hacia ambas, ofrecerle a estas su contribución y beneficiarse de las mismas, así como a contribuir a una mejor relación entre ellas. Esta mirada podría constituirse en uno de los pilares decisivos de nuestras políticas interna y externa. Ojalá podamos avanzar resueltamente por estos senderos. Sin embargo, quizás hemos de hacerlo partiendo de dos certezas: que para lograrlo debemos integrarnos de forma plena en la CELAC y procurar su consolidación, así como cincelar nuestro modelo social con el propósito de que siempre facilite formas nuevas y mejores para promover el desarrollo económico, el crecimiento humano y el más profundo ejercicio de la ciudadanía.